

el ridículo. En 1732, en el momento en que el proceso de La Cadière terminaba, como termina todo en Francia, por lasitud, inventaron los discípulos de Jansenio otra paradoja semejante, reducida á que el P. Chamillard habia muerto en Paris apelando de la bula *Unigenitus*. La apelacion era en aquella época el santo y seña dados á las facciones. Al decir de los sectarios, cuyo eco se hacian los periódicos, habiase empeñado una lucha en el ataud de Chamillard, el que se disputaban ambos partidos, y habia triunfado la causa del jansenismo. Un discípulo de Loyola, convertido en discípulo de Jansenio, era una cosa tan sorprendente, que todos los sectarios se apresuraron á dar crédito á los prodigios que se obraban en la tumba del Jesuita; pero el P. Chamillard, que ni era difunto ni partidario del *Augustinus*, resucitó de improviso, y el 15 de febrero de 1732 escribió una carta concebida de este modo: «En atencion á lo que acaba de suceder, es evidente que si los Jesuitas tratasen de convertirse todos en apelantes contra la Bula, pasarian desde luego (conmigo al menos así se ha verificado) por hombres eminentes y milagrosos aun á los ojos de aquellos mismos que con tanto encarnizamiento los han disfamado. Empero nosotros no compramos á este precio los elogios de los novadores: creémosnos honrados con sus ultrajes, cuando reflexionamos que los que nos desgarran tan atrocemente en sus discursos y libelos son los mismos que con tanta impiedad blasfeman contra lo mas sagrado y respetable que hay en la Iglesia y en el Estado.»

Lo que el Jesuita aseguraba en 1732 no dejará de ser verdad en tanto que haya partidos en el mundo. Colocaba el dedo en la verdadera llaga de todas las oposiciones; pero esto no bastaba á contener á los Jansenistas en sus ataques. Habian tomado á la Sociedad por blanco de sus odios, y en todos los reinos católicos aparecian incesantemente acusaciones como las que acabamos de bosquejar. Protestantes, Enciclopedistas, Universitaaios, miembros del Parlamento ó sectarios del jansenismo, todos ellos salidos de campos tan diferentes, se reunian en un pensamiento comun; todos esperaban ver resucitado el siglo de oro, en la suposicion de que alcanzase la proscripcion al Instituto de Jesús, único obstáculo para la conciliacion de los ánimos. Un suceso inesperado alentó todas las esperanzas, y ofreció una realidad á todas las imputaciones: este suceso fue la bancarota del P. Lavalette.

CAPÍTULO XXXV.

Causas de la extincion de los Jesuitas en Francia. — Opiniones de los escritores protestantes. — Luis XV, y Voltaire rey. — Coalicion de los parlamentos, Jansenistas y filósofos contra la Sociedad. — Imputaciones que la dirigen. — Los confesores de la real familia. — Biografía de Luis XV. — Atentado de Damiens. — Trata madama de Pompadour de hacer amnistiar su pasada vida por un Jesuita. — El P. Sacy y la Marquesa. — Su carta confidencial. — Sus negociaciones en Roma. — El P. Lavalette en la Martinica. — Es denunciado por hechos de tráfico. — Toma por su cuenta el intendente de la Martinica la defensa del Jesuita. — Anímale en su empeño el ministro de Marina. — Compra Lavalette nuevas posesiones en la Dominica después de su regreso á las Antillas. — Sus trabajos y empréstitos. — Su comercio en los puertos de Holanda. — Son capturados sus buques por los corsarios ingleses. — Son protestados los tráficos del P. Lavalette. — Disiden los Jesuitas acerca de los medios de apaciguar este escándalo. — Vense condenados á pagar *in solidum*. — Cuestion de solidaridad. — Apelan de los tribunales consulares al Parlamento. — Visitadores nombrados para la Martinica. — Accidentes que los retienen. — Llega á las Antillas el P. La Marche. — Juzga y condena á Lavalette. — Su declaracion. — Los acreedores en el Parlamento. — El mariscal de Belle-Isle y el duque de Choiseul. — Carácter de este último. — Su carta á Luis XVI sobre los Jesuitas. — Remóntase el Parlamento desde la cuestion de quiebra al origen de las Constituciones de la Orden. — Suprimense las congregaciones. — Decreto del 8 de mayo de 1761. — El Consejo real y el Parlamento nombran, cada uno por su parte, una comision para el exámen del Instituto. — Chauvelin y Lepelletier Saint-Fargeau. — Relato de Chauvelin. — Manda el Rey que se sobresea. — Elude el Parlamento la Orden. — Decretos sobre decretos. — Recibe el Parlamento la apelacion del Procurador general respecto á todas las bulas y rescriptos en favor de los Jesuitas. — Rehusan estos entablar su defensa. — Consulta Luis XV á los obispos franceses acerca del Instituto. — Su contestacion. — Una minoria de cinco votos exige algunas modificaciones. — Adhiérense los Jesuitas por medio de una declaracion á los cuatro artículos de 1682. — Concesion inútil. — Anula el Monarca todos los procesos entablados. — Folletos contra la Sociedad. — *Extractos de las aserciones*. — Son expulsados los Jesuitas de sus colegios. — Asamblea extraordinaria del clero francés. — Pronúnciase en favor de los Jesuitas. — Su carta al Rey. — Voltaire y de Alembert. — Los parlamentos de provincia. — La Chalotais, Dudon y Monclar, procuradores generales de Rennes, Burdeos y Aix. — Sus cuentas presentadas. — Situacion de los parlamentos de provincia. — La mayoría y minoría. — El presidente de Eguilles y sus memorias inéditas. — Pronuncia el parlamento de Paris su decreto de extincion de la Compañía. — Opónense á la

expulsion de los Jesuitas los tribunales supremos de Alsacia, el Franco Condado, la Flandes, Artois y Lorena. — Secuestro de los bienes de la Sociedad. — Pension asignada á los Jesuitas. — Opinión de los Protestantes acerca de este decreto. — Proscripción de los Jesuitas. — Sus causas. — Schœll y Lamennais. — Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Paris, y su pastoral sobre los Jesuitas. — Cólera del Parlamento. — El Arzobispo es citado á la barra. — Es quemada su pastoral por mano del verdugo. — Vense compelidos los Jesuitas á optar entre el ostracismo y la apostasía. — Cinco de cuatro mil. — Carta de los confesores de la familia real á Luis XV. — Su contestacion. — El Delfin en el Consejo. — Edicto del Rey restringiendo las condenas del Parlamento. — Clemente XIII y la bula *Apostolicum*. — Los Jesuitas en España. — Defiéndelos Carlos III contra Pombal. — Motin de los sombreros apaciguado por los Jesuitas. — Resentimiento del Monarca español. — Ministerio del conde de Aranda. — El duque de Alba inventor del emperador Nicolás I. — Refieren los historiadores protestantes los medios de que se valieron para indisponer á Carlos III contra los Jesuitas. — Cartas apócrifas. — Choiseul y Aranda. — Sentencia del Consejo extraordinario. — Misteriosa trama contra los Jesuitas. — Da orden el Rey á todos los empleados civiles y militares para arrebatar á los Jesuitas en una misma hora. — Son arrestados en España, América é Indias. — Obedecen. — El P. José Pignatelli. — Suplica Clemente XIII á Carlos III que tenga á bien orientarle acerca de los motivos de esta gran medida. — Reticencia y obstinacion del Rey. — Breve del Papa. — Son lanzados los Jesuitas al territorio de Roma. — Motivos que impulsan á este á rechazarlos. — Protestante contra católico. — Los Jesuitas en Nápoles. — Tannucci imita al conde de Aranda. — Proscribe á los Jesuitas. — Expúlsalos de Parma y Malta. — Proclama el Pontífice la decadencia del duque de Parma. — Apodérase la Francia de Aviñon, Nápoles, Benevento y Ponte-Corvo. — Amenazas del marqués de Aubeterre en nombre de Choiseul. — Valor de Clemente XIII. — Su muerte.

Para poder apreciar con equidad los sucesos que van á precipitar en Francia la caída de los Jesuitas, preciso es colocarnos bajo el punto de vista protestante; pues aunque no cabe duda que en este hecho de la extincion de la Orden de Loyola se dejaron ver causas accesorias, móviles subalternos é intereses condicionales, lo que en este caso llegó á predominar absolutamente fue, á no dudarlo, la necesidad que tenian todas las sectas combinadas de aislar el catolicismo, y encontrarle indefenso en el momento en que pasasen á acometerle con seriedad. Nadie mejor que los escritores calvinistas ó luteranos ha comprendido la esencia de esta posicion. «Habian jurado, escribe Schlosser¹, un odio irre-

¹ *Historia de las revoluciones político-literarias de la Europa en el siglo XVIII*, por Schlosser, catedrático de historia en la universidad de Heidelberg, tomo I.

«conciliable á la religion católica, hace siglos incorporada al Estado... Para consumir esta revolucion interior, y quitar al antiguo sistema religioso-católico su principal sosten, las diferentes cortes de la casa de Borbon, ignorando que por este medio iban á colocar la instruccion de la juventud en manos muy diferentes, se coligaron contra los Jesuitas, á quienes los Jansenistas habian hecho perder, tiempo hacia, y por medios frecuentemente equívocos, la estimacion que dos siglos de enseñanza les habian conquistado.»

Y no es el único testimonio que la escuela protestante tributa á la verdad. «Habíase formado, dice Schœll¹, una conspiracion entre los Jansenistas y los filósofos; mejor dicho, como ambos partidos tendian á un mismo fin, trabajaban de consuno y con tal armonía, que hubiera sido fácil creer que concertaban sus medios. Los primeros, so pretexto de un gran celo religioso, y haciendo alarde los segundos de un sentimiento filantrópico, trabajaban ambos por derrocar la autoridad pontificia; siendo tal la obcecacion de muchos hombres bien inclinados, que hicieron causa comun con una secta que habrian detestado si hubiesen conocido sus intenciones. Y no se crea que son raros esta clase de errores, puesto que cada siglo tiene los suyos... Pero, como para derrocar el poder eclesiástico era preciso aislarle arrebatándole el apoyo de esa falange sagrada que se habia consagrado á la defensa del trono pontificio, es decir, los Jesuitas, este y no otro fue el verdadero motivo del odio que juraron á este Instituto. Merced á las imprudencias cometidas por algunos de sus miembros, tomaron sus enemigos un pretexto para combatirle, y la guerra se hizo popular: ó mas bien, aborrecer y perseguir á una Orden, cuya existencia se hallaba íntimamente enlazada con la de la religion católica y del trono, vino á ser un título que á cualesquiera daba un derecho para llamarse filósofo.»

Tal es la manera con que se halla zanjada la cuestion por los escritores protestantes. Segun ellos, los Jesuitas solo fueron calumniados y sacrificados por ser la vanguardia y el cuerpo de reserva de la Iglesia católica: las pasiones y animosidades no trataron de destruirlos hasta el momento en que estuvieron seguras

¹ *Curso de historia de los Estados europeos*, tomo XLIV, pág. 71.

de no poderlos separar de este centro de unidad; y no los acusaron hasta averiguar que jamás transigirían con su deber de sacerdotes católicos. Tenían en su mano las generaciones futuras, neutralizando el impulso dado; y por consiguiente, nada hostil podía suceder á la Santa Sede ó á la Religión, en tanto que ellos estuviesen á su lado para frustrar los complots intelectuales, ó para hacer encallar los odios que se esforzaban á aglomerar contra ellas. Los Jesuitas permanecían inmóviles en su fe; rechazaban toda idea de conjuración que amenazase á la autoridad espiritual, y vivían sin exigir de utopías políticas la última palabra de la majestad real. Conspiraron contra ellos; declaráronlos culpables, nada más que porque no se asociaban á las tramas que envolvían á la Silla apostólica y á las monarquías; y «en todas las cortes, dice Leopoldo Ranke¹, se formaron dos partidos en el siglo XVIII, «de los que el uno hacia la guerra al papismo, á la Iglesia y al Estado, mientras trataba el otro de mantener las cosas tales como estaban, y de conservar la prerogativa de la Iglesia universal: «este último se hallaba especialmente representado por los Jesuitas, cuya Orden, siendo el más formidable baluarte de los príncipes católicos, vió por lo mismo amontonarse contra su cabeza la tempestad.»

Habíase agrupado esta simultáneamente por varios lados. Enemistades antiguas, esperanzas nuevas, ilusiones filantrópicas, sueños engañosos, ideas ambiciosas, todo se conjuraba para precipitar la ruina de los Jesuitas. Los enciclopedistas suspendieron sus hostilidades contra los discípulos de Jansenio, conviniendo en una tregua para acabar con el enemigo común á los dos partidos. Olvidaron los unos su fe parlamentaria, y los otros su odio filosófico, para cebarse todos en la Compañía. Tenía que haberlas esta con temibles atletas; no era del todo imposible la resistencia, pero en el momento del combate los Jesuitas se vieron vendidos por el Gobierno. Cediendo entonces á este vértigo que se apoderaba de todas las cabezas, se abismaron en el más fatal abandono. El poder y la autoridad moral ya no residían en los tronos, ni se concentraban en los primeros cuerpos del Estado.

En medio de los placeres indolentes y del profundo tedio que

¹ *Historia del papismo*, por Ranke, tomo IV, página 486.

le abrumaba, Luis XV parecía empeñado en envilecer la majestad del trono. La desacreditaba con sus debilidades, y la deshonoraba con sus costumbres. Al par de su abuelo Luis XIV, vió aparecer á su alrededor ilustres capitanes, sabios y virtuosos prelados, y hombres de talento, los cuales extendiendo el círculo de las ideas podían producir en las inteligencias un movimiento pacífico hácia el bien. La desidia del Príncipe fue causa de que semejantes ventajas resultasen en contra de la Religión y de la monarquía. Luis XV no se atrevió á ser el Rey de su siglo, usó este título Voltaire, y fue efectivamente el dueño de sus contemporáneos.

Era este filósofo el tipo del espíritu francés elevado á su última potencia, desquiciando con su eterna volubilidad, mas bien por chiste que por convicción, todo lo que anteriormente había pasado por santo y respetable; Voltaire se había impuesto una misión, la cual cumplía, haciendo servir á sus fines el teatro, la historia, la poesía, la novela, el folleto y la más activa correspondencia. Reformador sin crueldad, benéfico por su natural, sofista por atracción, adulator del poder por carácter y por cálculo, hipócrita mas bien por cinismo que por necesidad, corazón ardiente que tan pronto se dejaba arrastrar por un sentimiento de humanidad como por una blasfemia, inteligencia escéptica, que pudiendo tener el orgullo del talento se contentó con la vanidad de pasar por sutil, reunía Voltaire todos los contrastes. Sabía con arte maravilloso apropiarlos á todas las clases. Sembraba la corrupción, porque veía que este era el elemento de la sociedad del siglo XVIII, exteriormente tan elegante, y tan gangrenada en el fondo. Resúmela en sus obras, refléjala en su vida, y se ciernen sobre ella en los anales del mundo. Los reyes y ministros, los generales y magistrados, todo se encoge á su contacto. Desde la regencia de Felipe de Orleans hasta á los primeros días de la revolución francesa todo se da la mano para obsequiar á este hombre, que tantas ruinas amontonó junto á sí, y que reina aun por medio de su incredulidad burlona. Voltaire había amoldado los hombres de su tiempo á la imagen de sus pasiones, y se erigió en dispensador de la celebridad. La ciencia, el talento, los servicios prestados á la patria se miraron como cosa de poca monta; en cuanto no les favorecía con su voto: la Francia y la Europa concibieron un loco entusiasmo por un hombre que sacrificaba á un

chiste la antigua fe y las glorias nacionales. Luego después, cuando las risas ó la indiferencia hubiesen legitimado semejante soberanía, Voltaire dejó á sus adeptos el cuidado de acabar la obra de destrucción.

El ascendiente que el patriarca de Ferney ejercía sobre su siglo tuvo algo de tan prodigioso, que hizo admitir como á inteligencias de primer orden una chusma de medianías, que medraban con el talento de los otros y exagerando sus rencores. Voltaire, discípulo de los Jesuitas, reverenciaba con placer á sus antiguos maestros. Sabía que eran tolerantes y amigos de las letras, y nunca había pensado en sacrificarlos á los parlamentos y á los Jansenistas, cuya áspera gravedad y aparato de rigorismo se avenían muy mal con su carácter. No obstante, para llegar al cuerpo de la unidad católica, era preciso pasar por sobre los cuerpos de los granaderos de la Iglesia. Voltaire sacrificó su afecto á los Jesuitas al vasto plan que él y los suyos habían concebido. Querían aplastar *el infame*, terrible palabra de contraseña que tuvo tanto eco en el siglo XVIII. Los Jesuitas se oponían decididamente á la realización de este pensamiento, y por lo mismo fueron el blanco de todos los ataques. Persiguiólos de Alembert con el raciocinio, Voltaire con el raudal de sus sarcasmos, los Jansenistas con su odio infatigable. Minóse el terreno bajo sus piés, y se les pintó con los rasgos mas descabellados; unos les atribuyen una omnipotencia fabulosa, y otros los representan mucho más débiles de lo que eran en realidad. Los enemigos de la Iglesia salieron á defender los privilegios episcopales. Procuróse alistar en esta cruzada contra la Sociedad á todas las pasiones é intereses. Buffon no quiso asociarse á ella. Montesquieu murió como á cristiano en 1755 entre los brazos del P. Bernardo Routh, pero estos dos escritores, aislados en su gloria, no se mezclaban sino de léjos con el tumulto de las ideas. Su neutralidad fue respetada. No sucedió otro tanto con J. J. Rousseau. El filósofo de Ginebra estaba en el apogeo de su genio. Desde el fondo de su retiro este hombre, para quien la pobreza era un lujo y una necesidad, se había creado una reputacion inmensa. Los enemigos de la Sociedad procuraron atraerle á sus banderas. Juan Jacobo, como muchos espíritus ilustrados, acostumbraba á decidirse á favor de los oprimidos. «Se me persigue, dice en su carta á Cristóbal de Beaumont, porque no he abrazado el partido de los Jansenistas,

«y no he querido tomar la pluma contra los Jesuitas, á quienes «no estimo, pero que sin embargo ningun motivo de queja me han «dado, y los veo perseguidos.»

Estas excepciones en nada modificaban el plan adoptado, ni impedían á de Alembert de escribir á Voltaire¹: «No sé lo que será «de la religion de Jesús; pero entre tanto su Compañía se halla «en una posicion muy crítica.» Y una vez ha triunfado la coalicion, de Alembert deja escapar el grito de la filosofía, el último deseo reprimido hasta el día de la caída de la Orden de san Ignacio. Los enciclopedistas han derrocado el mas firme apoyo de la Iglesia, este es el plan que ha trazado su pluma. De Alembert escribe al Patriarca: «En cuanto á mí, todo se me presenta bajo «un punto de vista halagüeño, viendo desde aquí á los Jansenistas que mueren dulcemente el año próximo, después de haber hecho morir este año á los Jesuitas de muerte violenta; veo «establecida la tolerancia, llamados otra vez los Protestantes, los «sacerdotes casados, la confesion abolida, y el fanatismo aplastado sin que nadie lo advierta.»

Si hubiese sido posible que el hombre prevaleciese contra la religion católica, no podían darse circunstancias mas favorables á este designio; y sin embargo la Iglesia ha sobrevivido á esta larga tormenta nacida al soplo de Voltaire para morir de cansancio en el cadalso de la revolucion.

En 1757 solo se miraba el sueño anticristiano por su lado seductor. Llevábanlo adelante los enciclopedistas acabando con la Sociedad de Jesús, y los tribunales minando la autoridad real. Las cuestiones religiosas se confundían con las políticas. El parlamento de Paris se había visto desterrado en 1753, y para ofrecer á su venganza una víctima que nadie pensase en disputársela, acusó á los Jesuitas de este golpe de vigor. Los Jesuitas inspiraban á la Reina y al Delfin sentimientos de repulsion contra la magistratura: disponían del arzobispo de Paris, este Cristóbal de Beaumont, que llevó la virtud al grado de audacia, y de Boyer, antiguo obispo de Mirepoix, encargado de la hoja de beneficios².

¹ *Obras completas de Voltaire*, tomo XLVIII, pág. 200. Carta del 4 de mayo de 1762.

² Al morir el P. Perusseau, confesor del Rey, en 1753, se formó una liga para quitar este cargo á los Jesuitas. Opúsose á ello el antiguo obispo de Mirepoix, y en los archivos de la casa de Jesús en Roma existe una carta de este

Sostenían en el espíritu del conde de Argenson ciertas prevenciones, que los parlamentos no se cuidaban de justificar. Dirigían al mariscal de Belle-Isle, valiente capitán, hábil diplomático, y ministro que nunca transigió con su deber. Dominaban á Machault y á Paulmy, inquietaban la conciencia del Rey, y tenían en expectativa á la marquesa de Pompadour al pié de un confesionario. Con su poder absoluto en la corte y en las provincias contenían el movimiento que por diversos motivos trataban de empujar los tribunales, los Jansenistas y los filósofos. Algunas de estas alegaciones no estaban del todo desvirtuadas de fundamento. Luis XV, viejo antes de tiempo, disgustado de todo, deseoso del descanso, y dispuesto para procurárselo á cerrar la oreja á todo ruido siniestro, no conservaba suficiente energía ni siquiera para dictar su voluntad. En medio de la voluptuosa apatía á que se había dejado condenar, su penetración le hacía conocer el mal, é indicar el remedio; pero le faltaban fuerzas para aplicarlo. La monarquía debía durar tanto como él, y su real egoísmo no pensaba más allá de estos límites. Vivía sumido en la disolución y en los remordimientos; mientras su familia y todas las almas generosas que le rodeaban le presentaban el cuadro de las miserias materiales y morales que oprimían á la Francia.

Prelado, fecha 16 de julio de 1753, dirigida al General del Instituto, en la cual se lee: «No he contraído ningún mérito con lo que acabo de hacer á favor de vuestra Compañía. Era preciso abandonar enteramente la Religión, ya tan vivamente sacudida en esta infeliz época, ó colocar un Jesuita en el puesto en cuestión. Confieso que he seguido mis inclinaciones, pero la voz del deber era tan fuerte como la de aquellas. Vuestra gloria y vuestro consuelo estriban en que al menos en las presentes circunstancias, la sola apariencia de una desgracia para la Compañía habría sido una desgracia efectiva para la Religión.» Con la exclusión de los Jesuitas de este encargo, triunfaba el jansenismo, y con este una turba de irreligiosos, que desgraciadamente es muy numerosa.

El P. Onofre Desmaretz ocupó el lugar de Perusseau. Según estos datos sacados de los archivos de la Compañía de Jesús, confirmados por la citada carta del obispo de Mirepoix, es difícil explicar la chanza que Mr. Lacreteille atribuye á Luis XV, en el tomo IV, pág. 32 de su *Historia de Francia* durante el siglo XVIII. Hablando de la secularización de los Jesuitas, ordenada por el Parlamento, refiere: «Se creía que el Rey estaba muy agitado, pero este afectó la mas apática indiferencia. Será cosa chistosa, decía, ver al P. Perusseau en «traje de abate.» El fallo del Parlamento es de 1762, y por lo tanto nueve años posterior á la muerte del Jesuita. En el mismo error incurre el conde de Saint-Priest, al reproducir esta chanza en la pág. 52 de su *Caida de los Jesuitas*.

El Parlamento había caído en desgracia cuando el 5 de enero de 1757 un hombre da una puñalada al Rey. El agresor había servido en clase de criado primeramente á los Jesuitas, y después á varios parlamentarios. Es un decidido jansenista; y sin embargo los Jansenistas no titubean en sentar este atentado por cuenta de los discípulos de san Ignacio. Presentábase por sí misma la ocasión de sacar otra vez á luz las doctrinas sobre el regicidio atribuidas á la Compañía, y nadie dejó de aprovecharla. Voltaire fue el único que retrocedió al aspecto de semejante calumnia, y escribiendo á Damilaville, uno de sus proxenetas de impiedad, le decía en su carta del 3 de marzo de 1763: «Bien habréis observado, hermanos, que no he guardado miramientos á los Jesuitas; pero sublevaria la posteridad á favor suyo si les acusase de «un crimen del cual les han justificado Damiens y la Europa entera. Si hablase de otro modo no sería mas que un vil eco del «jansenismo.» No obraron con igual nobleza los Jansenistas. La herida de Luis le había dispuesto al arrepentimiento. Luego de curado volvió bajo el yugo de la marquesa de Pompadour.

Esta mujer nunca había tenido mas que una sola pasión. Aspiraba á gobernar la Francia del modo que dominaba al Rey. En ella se abroquelaban los filósofos y los Jansenistas: al abrigo de las adulaciones que le prodigaban, obtenían en todas partes el derecho de impunidad, y de propagar sus principios entre todas las clases. Hacia ya mucho tiempo que madama de Pompadour habría obrado de concierto con los Jesuitas, si los inventores de la moral relajada hubiesen tenido para ella y para el Príncipe los subterfugios de conciencia que Pascal les reprochaba. No ignoraba los sentimientos de que era objeto en la familia real, y se empeñó en acallarlos. Para reconquistar el aprecio, cuya necesidad empezaba á sentir su edad ya adelantada, trató de implorar en el tribunal de la penitencia una salvaguardia contra el público menosprecio. De improviso afecta un exterior piadoso, y arregla un oratorio en su habitación. En su gabinete sustituye los autores ascéticos mas consumados á las novelas licenciosas de Crébillon, y á las poesías amatorias de Gentil-Bernard. Llega á fingir una conciliación epistolar con su marido Lenormand de Etioles. Nadie cree en semejante hipocresía, y madama de Pompadour juzga del caso representar su papel hasta llegar al final. Los Jesuitas obtienen la confianza de la real familia: Luis XV les aprecia,